

# Travesía siberiana

En las márgenes del río Ob se despliega el trágico pasado de Rusia, y su esperanza para el futuro

POR FREDERICK KEMPE

DESPUÉS de muchos años de temeroso silencio, los habitantes de la población siberiana de Kolpashevo aún hablan con reserva de aquel mayo de 1979, cuando las aguas del río Ob abrieron una de las fosas comunes de la época de Stalin. Al principio, los cadáveres salieron poco a poco, liberados por los témpanos que, en pleno deshielo, se estrellaban contra un pronunciado recodo del río. Luego empezaron a desprenderse a montones de una terrosa acumulación de cuerpos. Cada cabeza tenía uno o dos orificios de bala.

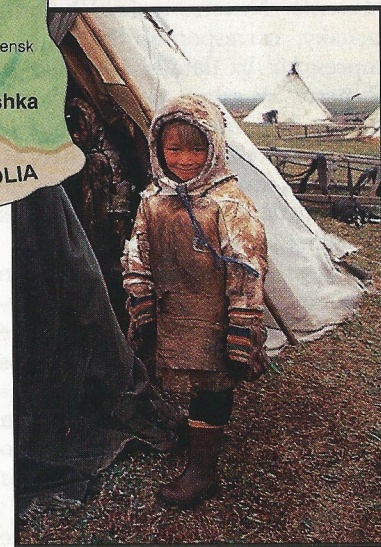
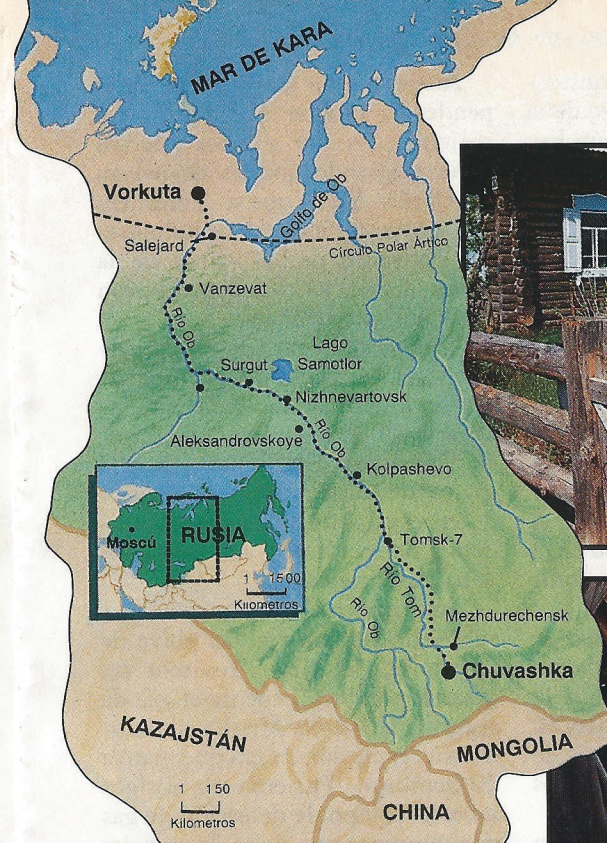
La KGB, ansiosa de poner fin a aquella intrusión de la naturaleza en el pasado soviético, envió dos remolcadores al lugar. Mientras uno servía de apoyo, el otro aceleró la marcha del motor para impulsar el agua hacia la orilla. Esto provocó un alud de tierra y cadáveres.

“Fue una avalancha”, dice Anatoly Patoyakin, jefe de salvavidas de la población. Está de pie en el terraplén formado sobre el lugar de la vieja fosa, donde una mujer toma hoy un

baño de sol. “Durante dos días y dos noches, mi trabajo consistió en hundir todos los cuerpos que me fuera posible”, continúa. “Me acercaba a ellos a remo, les pasaba por el cuerpo un cable al que iba sujeto un peso de hierro y volvía a arrojarlos al agua”.

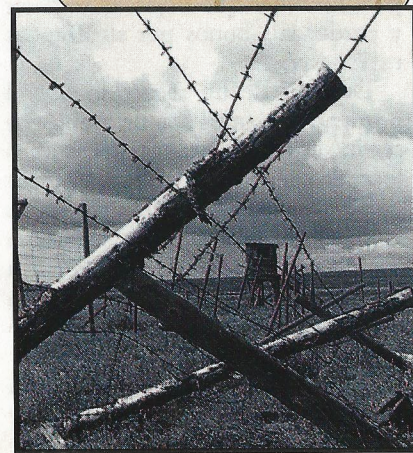
Perdido en sus recuerdos, Patoyakin contempla el Ob, un hilo de agua que fluye hacia el norte y recorre una distancia de 5500 kilómetros. La cuenca, por su abundancia de recursos naturales (el 60 por ciento del petróleo del país y más de la mitad del gas natural), es la región de los grandes sueños de Rusia, pero ha sido también el sendero de sus más negras pesadillas.

Durante una expedición de cinco semanas en barco, en camioneta y en helicóptero siguiendo el curso del río Ob, este reportero cruzó Siberia occidental y llegó a regiones que muy pocos extranjeros han visitado en tiempos modernos. La arenosa fosa común de Kolpashevo fue una imagen difícil de borrar durante el viaje, pues el río Ob exhumó no sólo los cadáveres sino, a través de ellos,



**Arriba**, los rostros de Siberia: jóvenes y viejos tienen que habérselas con el legado del comunismo. **Izquierda**: lo que queda de un campo de trabajos forzados en Vorkuta.

MAPA: HOWARD FRIEDMAN. FOTO DE LA MUJER: © PAUL BABELOWSKY; FOTO DEL NIÑO: © PAUL BABELOWSKY/HH; FOTO DE LA CERCA: GERARD JACOBS.





las mentiras sobre las que se construyó una nación. Pero a lo largo de la travesía comprobamos que aún hay gente valerosa, capaz de sobreponerse a la inercia y a la resignación, que son el legado del comunismo.

LA EXPEDICIÓN comienza a unos 380 kilómetros de la frontera con Mongolia, en Chuvashka, un poblado a orillas del río Tom, tributario del Ob. Nuestro grupo está compuesto por cinco periodistas (de Estados Unidos, Rusia y Holanda) y tres ecólogos (de Rusia, Alemania y Holanda), cuya misión es estudiar el impacto del régimen soviético en el ambiente. Nuestro guía, Vladimir Sujatsky, corresponsal de radio y empresario, ha fletado un barco de 42 metros de eslora, pero el río aquí es poco profundo, de modo que la primera parte del trayecto se hará en camioneta. En las primeras horas de una mañana de julio emprendemos la marcha hacia el norte.

Esta es la tierra de los *shor*, un pueblo que ha vivido en las proximidades de Chuvashka durante más de 400 años. Los exploradores rusos los sometieron y más adelante excavaron algunas de las minas de carbón más ricas del mundo. El comunismo hizo a un lado las creencias de los *shor*, y Stalin encarceló a sus jefes.

Los *shor* están preocupados porque corren el peligro de desaparecer. Hoy en día, este y los otros 30 pueblos nativos de Siberia representan sólo una pequeña fracción de la población total; han disminuido en casi dos tercios desde principios de siglo.

Alentados por las luchas de independencia que se libran en otras regiones, los *shor* y otros pueblos están exigiendo que les devuelvan sus tierras. Dicen que se conforman con un cinco por ciento de los ingresos derivados de las minas de la comarca, muchas de las cuales están en su antiguo territorio.

“Que lo olviden”, dice Gennady Polshuk, director de la mina de carbón Ratspatskaya, en Mezhdurechensk, 40 kilómetros río abajo desde Chuvashka. Esta mina es la más grande de Rusia, y lo que el director quiere es un inversionista estadounidense, no socios *shor*. Así pues, nos deja ver la mercancía.

Una corriente de aire frío hace subir el gusto amargo del polvo de carbón por el tiro. “Tuvimos un desastre en 1981”, cuenta el jefe de seguridad, Anatoly Mijalin, al recordar una explosión de gas que mató a 20 hombres. “Pusieron sus abrigo sobre el equipo de detección de gas para no tener que dejar de trabajar y perder sus bonos por superar las expectativas”.

Después de un recorrido por el pozo, nos topamos con un techo que se vino abajo. El minero que está colocando otra viga de soporte se encoge de hombros y comenta que estos incidentes son parte de la vida bajo tierra. “Cuando los mineros llegan a los 50 años, edad en la que empiezan a recibir su pensión”, dice, “ya sólo les quedan unos días de vida”.

Salimos del pozo sobre una banda sin fin, y Polshuk me invita a tomar té en su oficina. Allí me dice que

ofrece una participación del 30 por ciento a un socio occidental que esté dispuesto a comprar algo de equipo nuevo. El socio, insiste, obtendrá el primer año una utilidad de 300 por ciento sobre su inversión inicial.

—¿Dónde más se puede hacer un negocio tan bueno? —pregunta, y golpea la mesa.

Subimos a nuestro barco unos 640 kilómetros río abajo, sobre el Tom, y a unos 65 kilómetros de su desembocadura en el Ob. Aquí está Tomsk-7, una de las más importantes instalaciones de la ex Unión Soviética para la producción de plutonio destinado a la fabricación de armamento nuclear. Pero, desde la orilla del río, Tomsk-7 parece más un campo de concentración que una ciudad. Dos cercas vigiladas electrónicamente la separan de la playa, y unos soldados armados van y vienen por la tierra de nadie que queda entre ambas.

En este sitio, que fue escenario de un accidente nuclear en abril pasado, hay cinco reactores de grafito, una planta de enriquecimiento de uranio y una de extracción de plutonio. “Estamos entrando en una zona de acceso restringido”, dice Viktor Petroshev, subdirector de la planta de enriquecimiento de uranio, y da indicaciones para que el autobús en el que viajamos pase frente a tres cines, dos escuelas de música, un instituto de arte, dos universidades tecnológicas y muchas bibliotecas especializadas. La ciudad es moderna, y resulta sorprendente lo bien abastecidas que están sus tiendas.

El acceso a los reactores y a las

plantas de enriquecimiento está vedado, pero la gente de Tomsk-7 tiene cierto contacto con el exterior. Dos jóvenes madres, ataviadas con vestidos veraniegos de moda, hacen cola para comprar café y chocolates. Dicen que les preocupa que el fin de la Guerra Fría traiga consigo una apertura de las cercas de seguridad que protegen sus artículos de consumo. “Si abrimos nuestras fronteras, no quedará nada en las tiendas”, comenta Svetlana Matveyeva.

Cuando regreso al barco, Sujatsky está cargando provisiones para nuestro viaje a los inhóspitos y vastos parajes del noroeste de Siberia. Las más importantes son 160 botellas de vodka, que serán nuestra moneda en esas regiones, pues allí los rublos no valen nada y los dólares aún no encuentran mercado. Con una botella se pueden comprar siete kilos de pescado; con 15, un motor de canoa.

Días después anclamos en Aleksandrovskoye, a 1100 kilómetros de nuestro punto de partida. Volamos en helicóptero sobre la región de pantanos interconectados más extensa del mundo, cuya superficie es de unos 2 millones de kilómetros cuadrados. En 1960 se descubrió petróleo en la zona, y para 1990 los campos petrolíferos de Siberia occidental generaban más del 60 por ciento de los ingresos de la Unión Soviética en divisas fuertes.

Pero los petroleros dejaron profundas cicatrices. El helicóptero pasa de verdes extensiones pantanosas a bosques recientemente quemados. Suelen atribuirse los incendios a las



botellas de vodka vacías que la gente deja por allí y que concentran los rayos del Sol como si fueran lupas.

Aleksandr Kalashnik, un empresario que nos acompaña, le ordena al piloto que aterrice en un claro.

—Quiero que una compañía estadounidense se lleve esta madera antes de que se eche a perder —dice. Acto seguido, hinca una pequeña hacha en un tronco recién cortado, de los que quedaron en pie tras el incendio, para demostrar que sólo está chamuscado y el interior sigue en buenas condiciones—. Tengo 36 millones de metros cúbicos de madera de gran calidad —añade—. Si ustedes son los primeros en venir a Siberia, los trataremos bien.

Al día siguiente, 100 kilómetros río abajo, atracamos en Nizhnevartovsk, una ciudad gris en el centro de la región petrolífera de Siberia occidental. Cerca de aquí está el lago Samotlor, bajo el cual se encuentra el más grande yacimiento localizado hasta ahora en Rusia.

Nikolai Ivanov y su amigo Evgeny Balshagin fueron dos de los pioneros en la búsqueda de petróleo en estas tierras. Aceptaron salarios modestos y largas jornadas, pues creían que estaban construyendo el socialismo. Sus hombres a menudo pasaban por alto fugas en la tubería, o las reparaban mal, con tal de mantener altos niveles de producción y complacer a los planificadores centrales. “¡Toneladas, toneladas!”; exclama Balshagin. “No nos preocupaban ni el dinero ni la naturaleza; sólo las toneladas de petróleo”.

Desde el principio, el Estado decidió usar las mismas tuberías para enviar juntos petróleo, agua y gas a los puntos de distribución. En el resto del mundo, estos elementos se envían por separado. El resultado en la Unión Soviética fue que la mezcla, sumamente sulfurosa, corroyó los tubos prematuramente y provocó derrames de petróleo por todo el territorio. Tan sólo en 1990, los tubos se rompieron unas 2000 veces.

Hoy en día, el paisaje está salpicado de enormes lagos de petróleo, que se filtra al subsuelo y mata árboles y peces. “Nuestro ambiente está destruido”, afirma Balshagin. “Aunque se clausuraran todos los campos petrolíferos, el entorno natural no volvería a ser lo que fue”.

Pasando la moderna ciudad petrolera de Surgut, navegamos río abajo y llegamos a la aldea de Vanzevat. Allí, poco después del amanecer, los nativos de la región petrolífera más rica de Rusia nos atacan en sus botes de pesca. El cabecilla es un pescador vestido con una sucia camiseta, que lleva un parche de gasa sobre el ojo izquierdo. Nos amenaza con un viejo rifle y nos exige que le entreguemos todo el vodka y demás líquidos alcohólicos que llevemos, incluida el agua de colonia.

Uno de los organizadores de la expedición, Viktor Kostukovsky, corresponsal del diario *Izvestia*, apunta su rifle de señales luminosas al barco pesquero.

—Estás borracho y puedes fallar —le dice al pescador—. Yo, en cambio, tengo mucho mejor puntería.

Dos compinches del tuerto lo convencen de emprender la retirada.

—Volveremos después de que se ponga el Sol —advierte el pirata antes de partir.

En estas latitudes, eso significa las 3 de la mañana. El hombre apunta al tanque de combustible de nuestro barco y dice que lo hará estallar de un balazo si no le entregamos toda nuestra “agua caliente”.

A las 2 de la madrugada los piratas no han vuelto a atacar, pero los administradores de la aldea, sí: se han subido al barco y están bebiendo alegremente con nuestros organizadores rusos. A la mañana siguiente nos quedan pocas reservas de vodka, pero nos encontramos a sólo 300 kilómetros del final de nuestro viaje.

Dos días después llegamos a Salejard, la última población importante de las márgenes del Ob. Desembarco y subo a un tren en el que recorreremos el último tramo de la expedición hasta Vorkuta. En este lugar desolado se localizaron algunos de los más espantosos campos de concentración de Stalin.

El tren se detiene en diversos puntos que no ostentan nombre, para recoger a ancianos que traen cañas de pescar y a mujeres cargadas con baldes llenos de hongos. El vagón en el que viajo huele a fogata, pescado, vodka y humo de cigarrillo.

Unas voces jóvenes entonan melancólicas canciones acompañadas por dos guitarras. Uno de los muchachos es Aleksandr Mostrov, de 21 años.

—Desde los 6 a los 10 años fui

revolucionario —cuenta—. De los 11 a los 14 fui Joven Pionero. Y a los 14 ingresé en la Komsomol (Liga de Jóvenes Comunistas). Pero la guerra de Afganistán me hizo perder la fe en el comunismo. Afganistán fue la gota que derramó el vaso para la mayoría de los jóvenes.

“Ahora creo en Dios —dice, y juguetea con un crucifijo que lleva al cuello—. Lenin y Marx negaban la existencia de Dios, y yo lo acepté. Pero luego pensé que eso no podía ser. Me pareció primitivo ver al hombre como un montón de grasa y moléculas. No se puede estar vivo si no se tiene alma. ¿No cree usted?”

El tren llega a Vorkuta a medianoche, pero el Sol aún está muy alto. Vorkuta es la expresión más demencial de la planificación central. Unos geólogos descubrieron carbón aquí a fines de los años veinte. Pero nadie quería trabajar en esas condiciones de gélido aislamiento, así que Stalin envió a decenas de miles de sus prisioneros a 63 campos de trabajos forzados distribuidos en torno de la ciudad.

Visito el modesto apartamento de una sobreviviente de esos campos, Julia Kapnina, nacida en 1918. Cuando nos sentamos en su pequeña sala, la señora Kapnina esconde las manos bajo la mesa. Pero ya vi los tatuajes. Entre el pulgar y el índice de ambas manos lleva escrito lo que parece ser un nombre masculino. En el antebrazo izquierdo tiene un tatuaje desde la muñeca hasta el codo: unas serpientes enroscadas alrededor de un sable. Los guardias del



campo se lo hicieron a la fuerza, cuenta. Luego dice:

—Mis nietos me preguntan si fueron los alemanes. ¿Cómo puedo explicarles que fue nuestra propia gente? —Luego inquiere—: ¿Ha ido a Rudnik? —Se refiere a la mina de trabajos forzados más pavorosa de Vorkuta, donde vivió más de cinco años—. El jefe era un malvado que se llamaba Kastijin. Una mañana, a la hora de pasar lista, nos ordenó que nos contáramos del uno al tres. Acto seguido, fusiló a todos aquellos a quienes les tocó el número tres. Los cadáveres cayeron en una zanja que los mismos presos habían cavado. Yo corrí con suerte: me tocó el número dos.

El crimen de la señora Kapnina, a sus 19 años, fue ser hija de un oficial del ejército a quien Stalin mandó ejecutar. Por ese motivo la interrogaron, la torturaron y la condenaron a diez años de trabajos forzados, más cinco en el exilio.

Su peor recuerdo es el de la celda de aislamiento adonde solían enviarla porque protestaba. La describe como un cuartucho con paredes de cemento y suelo de tierra, tan pequeño que era imposible acostarse. En la primavera se filtraba el agua por el suelo, y le subía a Julia hasta el cuello. Rendida y en los huesos, tenía que esforzarse por permanecer despierta para no ahogarse.

Su madre, que la abandonó cuando acababa de nacer, nunca intentó liberarla. Pero en 1964, cuando la señora Kapnina salió del campo de trabajos forzados, su madre tocó a su puerta pidiendo hospitalidad.

—Todavía no he podido perdonarla, pero le di alojamiento.

La señora Kapnina se ve muy fatigada. Me da unas velas para que yo vaya a encenderlas al lugar donde estuvo la zanja en la que cayeron sus compañeros.

—Busque la vieja escuela —dice, y dibuja un croquis—. Enfrente hay un camino de asfalto, pero debajo de él hay huesos humanos. Estar allí es como estar en un cementerio.

Así pues, la expedición termina a la mañana siguiente en un pedazo de tierra frente a ese camino. Como llueve, coloco las velas bajo una saliente de roca para que no se apaguen. La señora Kapnina quería que las encendiera para los muertos, pero cuando me alejo de Vorkuta en helicóptero pienso en los vivos. Pienso en ella, que sobrevivió a una madre que la abandonó, a un interrogador que la torturó y a un verdugo que asesinó a tantos otros. También sobrevivió al sistema soviético, en cuya infancia nació. El sistema destruyó el país y se destruyó a sí mismo, pero no a la señora Kapnina. En el valor de esta mujer se vislumbra la esperanza de Rusia.

CONDENSADO DE "SIBERIAN ODYSSEY" © 1992 POR FREDERICK KEMPE, PUBLICADO POR G. P. PUTNAM'S SONS, DE NUEVA YORK, NUEVA YORK.



*La fama es necesaria para los pintores, y nociva para los falsificadores.*

—Claude Vallette, en *Curiositas* (París)